

Casas, deudas y persistencias. Materialidades en deterioro entre familias de clases medias del conurbano bonaerense, Argentina

Houses, Bodies, and Degraded Materialities among Middle-Class Families in Greater Buenos Aires, Argentina

MARÍA FLORENCIA BLANCO ESMORIS *
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

RESUMEN. Este artículo analiza cómo la incertidumbre económica se inscribe en las viviendas, los cuerpos y los entornos cotidianos de familias de clases medias del conurbano bonaerense. A partir de una etnografía realizada entre 2015 y 2024 en el municipio de Morón, se examinan los efectos del deterioro de las condiciones de vida y la habitabilidad de la casa tras la pérdida de poder adquisitivo y el endeudamiento de dichas familias. Humedades en las paredes, reparaciones postergadas, cansancio, pluriempleo y nuevas percepciones sobre el ambiente muestran la manera en que el deterioro económico, doméstico y social se entretajan en la vida diaria. Desde una perspectiva antropológica, se indaga cómo este deterioro además de construirse como categoría descriptiva sobre el estado de las cosas resulta una clave analítica para comprender formas contemporáneas de la vulnerabilidad.

PALABRAS CLAVE: sociomaterialidad; habitar; clases medias; vida doméstica; incertidumbre; deterioro

ABSTRACT. This paper analyses how economic uncertainty is inscribed onto the homes, bodies, and everyday environments of middle-class families in the Buenos Aires suburbs (*conurbano bonaerense*). Drawing on an ethnography conducted between 2015 and 2024 in the municipality of Morón, it examines the effects of declining living conditions and housing habitability following these families' loss of purchasing power and rising indebtedness. Damp walls, postponed repairs, exhaustion, multiple employment, and new environmental perceptions demonstrate how economic, domestic, and social deterioration intertwine in daily life. From an anthropological perspective, this piece explores how such deterioration, beyond serving as a descriptive category for the state of affairs, becomes an analytical key to understanding contemporary forms of vulnerability.

KEYWORDS: sociomateriality; dwelling; middle-class families; domesticity; uncertainty; decay

* Dra. en Antropología Social (Universidad Nacional de San Martín). Becaria Posdoctoral Extraordinaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el Centro de Investigaciones Sociales (CIS), Instituto de Desarrollo Económico y Social/Universidad Nacional de Tres de Febrero (IDES-UNTREF), Profesora Adjunta de Antropología Aplicada en la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín (EIDAES-UNSAM). E-mail: flor.blancoesmoris@gmail.com  <https://orcid.org/0000-0001-5463-5704>

Está viva porque se llena de gusanos y cae (envejece y muere) como la gente. Hay que darle de comer porque si no tiene envidia y mueren los niños y la gente adulta tiene pesadillas. El síntoma es que truena a medianoche y a las doce del día. El curador de la casa puede ser un médico, o un viejito aunque no cure gente.

Esther Hermitte, 1960-1961, *Notas de campo: objetos y seres sobrenaturales*.

Las escenas domésticas que se despliegan en el conurbano bonaerense, tras más de una década de transformaciones económicas, urbanas y ecológicas, dejan ver con una nitidez particular los efectos materiales, afectivos y corporales de las nuevas formas de hacer economía en la vida cotidiana de las clases medias. En 2024, regresé con las familias con quienes había establecido vínculos prolongados durante mi investigación doctoral —donde exploré las aspiraciones urbanas y los modos de habitar de las clases medias¹ que residen en las periferias urbanas—, pero también se han sumado nuevas casas, nuevas historias y nuevos cuerpos. Este retorno trajo consigo una reorientación del foco etnográfico: si en la tesis me interesaba comprender cómo se imaginaba, se construía y se mantenía la “casa propia” (Blanco Esmoris, 2021b), actualmente busco indagar en las marcas que la incertidumbre deja en la vida doméstica. Las grietas en las paredes, los electrodomésticos que fallan, los objetos que se reparan una y otra vez, las plantas que mueren por la contaminación o la falta de agua se vuelven signos elocuentes de una degradación más amplia que concierne tanto a la vivienda y su espacio físico como también a la textura sensible y temporal de la existencia cotidiana.

Desde un abordaje sociomaterial, este artículo aborda los procesos activos de sostener, aguantar y curar la vida cotidiana que llevan adelante —principalmente, las mujeres— de las familias de clases medias con las que realicé la investigación etnográfica.² La sociomaterialidad remite aquí al modo en que los objetos, los cuerpos, los afectos y las infraestructuras participan activamente en la producción de lo social en tanto agentes y condensadores de relaciones (Latour, 2005; Miller, 2008; Larkin, 2013). El fragmento del diario de campo con el que inicié el artículo pertenece a Esther Hermitte cuando trabajó en Pinola (Chiapas, México). En él, ella alude al modo en que es percibida la casa y cómo esta debe ser curada para que “no muera”. Casas que deben ser curadas mediante actos, mediante objetos y desde el hacer, el creer y el tener.

Pensar la economía doméstica desde su sociomaterialidad implica desplazar el análisis del dinero o el crédito hacia las formas concretas en que esos procesos se encarnan, se objetivan y se deterioran en la vida diaria. Las paredes rajadas, los cuerpos fatigados o los muebles reciclados no son simples indicadores de pobreza o carencia; constituyen marcas materiales de relaciones sociales y económicas más amplias, condensaciones visibles de la inestabilidad y del esfuerzo cotidiano.

El estudio de la economía cotidiana, desde una perspectiva antropológica, ha permitido descentrar las miradas macroestructurales para situar la atención en las prácticas, afectos y materialidades que configuran la reproducción de la vida. Autores como Stephen Gudeman (2001) y Susana Narotzky (2016) han mostrado que las economías domésticas funcionan como lugares de producción moral donde se entrelazan valores, cuidados y materiales en constante negociación. Esta perspectiva ha dialogado con los enfoques de la antropología del habitar y las ecologías de

¹ En este sentido, diversos/as autores/as han señalado que la categoría de clase media suele emplearse de manera problemática, tratándola como un concepto objetivo y universal. Tal uso tiende a homogeneizar experiencias y atributos según los criterios del propio investigador o especialista (Visacovsky, 2008). Esto no implica que la categoría carezca de eficacia o que no opere como referencia en los procesos de clasificación social. Por el contrario, su fuerza radica precisamente en su carácter relacional y performativo. En esta línea, y reconociendo el carácter procesual, dinámico y situado de dicha categoría, presento en el apartado metodológico algunos criterios específicos vinculados a las formas en que estas familias pueden ser comprendidas como parte de esa clase social.

² Agradezco a los/as evaluadores/as anónimos/as de este manuscrito que con sus aportes y comentarios contribuyeron a mejorar este artículo.

lo cotidiano (Ingold, 2011; Puig de la Bellacasa, 2017), que proponen pensar la vida doméstica como un entramado de relaciones vitales y no exclusivamente humanas.

En Argentina, el interés por las prácticas económicas de las clases medias se ha profundizado en los últimos años a la luz de la expansión del crédito, la inflación persistente y el creciente endeudamiento de los hogares. Por ejemplo, los trabajos de Ariel Wilkis (2013, 2018) y Mariana Luzzi (2021) han mostrado cómo el dinero y el crédito, además de estructurar las jerarquías sociales, también configuran sensibilidades morales, así como expectativas y formas de reconocimiento entre las clases sociales (Luzzi y Wilkis, 2025). El endeudamiento, en estos contextos, se experimenta como una práctica que tensiona las fronteras de la respetabilidad y la autonomía, afectando la manera en que las personas evalúan su pertenencia de clase y su capacidad de previsión. Como ha señalado Gago (2019), la financiarización penetra la vida cotidiana y reorganiza la sostenibilidad de la vida, especialmente a través del trabajo y la gestión femenina de los hogares. Estos aportes dialogan con la propuesta de Ossandón (2012) de entender el crédito como una forma de sociabilidad económica, en la que se entrelazan vínculos morales, afectivos y materiales.

En el caso que aquí analizo, las prácticas económicas y experiencias de endeudamiento de las clases medias del conurbano bonaerense revelan una dimensión particularmente significativa: son cuerpos y sensibilidades acostumbrados a lo previsible, poco habituados a convivir con la inestabilidad o “la mora”. Asimismo, imputan valores morales positivos a dicha previsibilidad. La entrada en el circuito del crédito y el sobreendeudamiento produce una alteración profunda de los ritmos y de las expectativas cotidianas, que se manifiesta en el cuerpo y en los objetos: en el cansancio, la ansiedad, la postergación de consumos o el aplazamiento de reparaciones. Como presentaré a partir de las experiencias de mis interlocutoras e interlocutores, los efectos de dichas acciones construyen una suerte de *corporalidad de la deuda* que se entrelaza con una *materialidad en deterioro*: las viviendas envejecen sin mantenimiento, los electrodomésticos se transforman en ruinas domésticas y el tiempo se percibe como una sucesión de urgencias.

Desde una perspectiva antropológica, el artículo se propone comprender los efectos socio-materiales y corporales de estas prácticas económicas en la vida doméstica de las clases medias. Se trata de pensar cómo las transformaciones económicas y ecológicas³ se inscriben en las materialidades, los cuerpos y los afectos, reorganizando los modos de habitar y de imaginar el futuro. En este punto, la reflexión sobre la degradación se vuelve ineludible: como han señalado Tsing (2015) y Das (2020), la vida en contextos de deterioro ambiental y social requiere pensar en escalas que articulen lo íntimo y lo planetario, lo doméstico y lo político. En los hogares del conurbano, los efectos de la intermitencia de los servicios públicos se entrecruzan con los trastocamientos de la economía del día a día para configurar una ecología de la degradación, donde la sostenibilidad de la vida se juega en prácticas minúsculas: reparar, reutilizar, cuidar, sostener.

Este artículo se apoya sobre los vínculos generados en una etnografía prolongada (2015-2019), una etnografía digital experimental (2020-2021) y una (re)inmersión etnográfica exploratoria (2024) con familias de clase media del conurbano bonaerense (Provincia de Buenos Aires, Argentina). La investigación combina observación participante, entrevistas y técnicas de mapeo de ambientes domésticos.

El texto se organiza en tres apartados. En el primero, analizo cómo las materialidades domésticas —las paredes, los electrodomésticos, los muebles— se convierten en indicadores de precarización y en soportes de estrategias de reparación. En el segundo, exploro esa lógica de seguir en la incertidumbre como un principio económico que guía el hacer entre las clases medias en descenso. En el tercero, amplío la mirada hacia las relaciones entre cuerpos y casas y el modo en que se percibe el entorno. Finalmente, propongo pensar la vida doméstica como un microcosmos de la incertidumbre contemporánea, donde se condensan los efectos de la economía y se ensayan, simultáneamente, modos de recomposición material y afectiva.

³ Aquí entiendo lo ecológico en tanto ecología doméstica: una trama de relaciones entre cuerpos, objetos y espacios donde se materializan formas de desgaste, cuidado y reparación. En esta escala íntima, lo ecológico alude a cómo la casa respira, se deteriora o se recompone junto con quienes la habitan.

Metodología

Este artículo se apoya en una trayectoria etnográfica prolongada y en capas, desarrollada entre 2015 y 2024, centrada en las experiencias económicas, materiales y afectivas de familias de clase media en el conurbano bonaerense. La investigación combina tres momentos distintos pero articulados: (1) el trabajo de campo inicial (2015-2019), que dio lugar a mi tesis doctoral y en el que generé los primeros vínculos con familias e interlocutoras del sur del conurbano; (2) una etnografía digital experimental (2020-2021) durante la pandemia de COVID-19, que implicó adaptaciones metodológicas frente al aislamiento y nuevas formas de observación y registro; y (3) una (re)inmersión etnográfica exploratoria (2024) con hogares de clase media, en el marco de la “crisis inflacionaria” y del sobreendeudamiento que afectó sus condiciones de vida y de reproducción cotidiana.

Respecto al emplazamiento en donde se construyó el trabajo de campo, cabe destacar que el conurbano bonaerense constituye un territorio vasto, fragmentado y en permanente transformación, que reúne una compleja superposición de paisajes urbanos, trayectorias sociales y formas de habitar. Integrado por más de treinta municipios que bordean la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), este entramado urbano concentra alrededor de once millones de habitantes y condensa procesos históricos de urbanización desigual, expansión periférica y movilidad social intermitente (Blanco Esmoris, 2019). Desde un punto de vista urbano, este territorio presenta tramas discontinuas, donde áreas comerciales y residenciales conviven con zonas de infraestructura precaria o ambientalmente degradadas. Su heterogeneidad se expresa tanto en la coexistencia de barrios cerrados y asentamientos populares como en la proliferación de formas intermedias de urbanización que no encajan en esa dicotomía y combinan rasgos de consolidación residencial, precariedad y aspiración de clase (Cravino, 2016). Me refiero a capas medias que conjugan empleos formales e informales, actividades comerciales o profesionales y, en muchos casos, estrategias domésticas orientadas a sostener la propiedad o mejorar las condiciones de vivienda. En este escenario, las clases medias que forman parte de esta investigación —ubicadas en localidades como Villa Sarmiento, Ramos Mejía, Morón centro o Castelar centro y sur— se inscriben en un espacio marcado por la ambigüedad y la proximidad entre distintos modos de vida, donde las fronteras entre estabilidad y vulnerabilidad, entre progreso y deterioro se vuelven porosas y cambiantes. En este artículo recupero, sobre todo, notas de campo de la reinmersión en 2024. Esta instancia me reencuentra con familias con las cuales inicié mi investigación en 2015, con otras con quienes trabajé desde la pandemia y, por último, con aquellas con quienes empecé a vincularme en ese mismo año. Traigo intercambios y observaciones registradas en mis notas de campo con Rosa, Oscar, Vilma, María, Marta, Valeria, Laura y Vicente.⁴

La identificación de las familias se basó en una serie de rasgos observables tales como la extensión y el tipo de vivienda, su localización, el acceso a servicios —en su mayoría de carácter privado, como los vinculados a la salud y la educación—, así como ciertos indicadores de consumo y presentación, entre ellos la vestimenta. Estos aspectos fueron complementados con dimensiones socioeconómicas clásicas como el nivel educativo, la ocupación y el ingreso. Al momento de iniciar el trabajo de campo, las familias participantes contaban, en general, con acceso a los servicios de infraestructura básicos tanto en sus hogares (agua corriente, gas natural, energía eléctrica) como en el ámbito barrial (alumbrado público, recolección de residuos y calles pavimentadas). Además, muchas de estas familias se autopercebían como parte de una “clase media trabajadora” o una “clase media emprendedora”, categorías que empleaban para distinguir sus trayectorias y expectativas según el tipo de ingreso económico que predominaba en el hogar: en algunos casos, proveniente de empleos formales y asalariados; en otros, de actividades

⁴ Todos los nombres fueron cambiados para preservar el anonimato de los y las participantes a quienes agradezco profundamente su participación en la investigación.

independientes o comerciales desarrolladas desde la vivienda.

Etnografía prolongada

La primera etapa de la investigación (2015-2019) se desarrolló a partir de los lineamientos clásicos de la etnografía de campo en antropología social, centrada en la inmersión prolongada, la observación participante y la construcción situada de confianza con los interlocutores (Guber, 2011). En ese período, mi trabajo se concentró en relevar los modos en que las clases medias periféricas imaginaban y construían su “casa propia y apropiada” en contextos de falta de oportunidades para el crédito hipotecario, endeudamiento y transformación urbana (Blanco Esmoris, 2021a, 2021b). Esta fase permitió generar relaciones sostenidas con familias y mujeres de distintos barrios del conurbano, cuyas trayectorias residenciales y laborales se entrelazaban con los ciclos económicos del país.

El proceso de vinculación y presencia reiterada en sus viviendas fue clave para comprender cómo las prácticas habitacionales se articulaban con los afectos, las expectativas y los sentidos morales asociados a “pertenecer a la clase media”. Siguiendo a Patricia Fasano (2014), la etnografía se entendió como un modo de relación que produce conocimiento a partir de la reflexividad, la empatía y la interacción situada. En esta primera fase, la atención estaba puesta en las aspiraciones urbanas y en los modos de habitar como prácticas de futuro: cómo se proyectaba, se deseaba y se materializaba ese “acceder” y el “vivir bien” en las periferias.

En relación con el contexto político de la época, resulta relevante señalar que pocos meses después de iniciada mi investigación etnográfica, en diciembre de 2015, asumió la presidencia de la República Argentina Mauricio Macri, representante de la coalición Cambiemos. Su gestión transcurrió durante buena parte de mi trabajo de campo y estuvo marcada por un deterioro significativo de las condiciones de vida, una ampliación de las desigualdades sociales y, simultáneamente, un incremento del presupuesto destinado a seguridad (Wahren *et al.*, 2018). En este escenario, las condiciones de vida de mis interlocutoras e interlocutores experimentaron cambios y tensiones asociados, entre otros factores, a los sucesivos aumentos en las tarifas de los servicios públicos. En más de una ocasión, estas circunstancias me llevaron a realizar trabajo de campo en viviendas sin iluminación eléctrica —como en el caso del trabajo de campo con Rosa y Oscar quienes sufrieron las experiencias del *tarifazo*—.⁵ Sin embargo, aun en ese contexto de incertidumbre y ajuste, persistían entre mis interlocutores consejos dirigidos a hijos e hijas acerca de la conveniencia de invertir “en ladrillos” o en “algo tangible”, decisiones e inclinaciones que por entonces denominé materialidades morales. Estas recomendaciones condensaban imaginarios compartidos sobre el valor de la propiedad y la seguridad material, al tiempo que remitían a clasificaciones sociales e identitarias cuya significación era frecuentemente objeto de negociación y disputa.

Etnografía digital experimental

El contexto de la pandemia de COVID-19 interrumpió las posibilidades de encuentro cara a cara, pero abrió un nuevo espacio de observación: la vida digital de los hogares. Entre 2020 y 2021, desarrollé una etnografía digital experimental, en diálogo con las perspectivas que conciben la investigación *online* no sólo como sustituto de la presencialidad, sino como una forma expandida del trabajo de campo (Blanco Esmoris e Hijós, 2022; Di Próspero y Daza Prado, 2024; Pink *et al.*, 2016). Durante ese período, mantuve el contacto con las interlocutoras a través de plataformas de mensajería, redes sociales y videollamadas, registrando relatos, fotografías y fragmentos

⁵ Tarifazo es una palabra utilizada por los actores para referir a los grandes y bruscos incrementos en las tarifas de los servicios públicos.

de su cotidianeidad confinada. Este trabajo facilitó observar cómo la economía doméstica se volvía un tema omnipresente: desde el cálculo obsesivo de los gastos hasta la resignificación de los espacios del hogar —donde convivían el trabajo, el estudio, el descanso y la ansiedad— (Blanco Esmoris, 2021a, 2021b). La etnografía digital me permitió captar las tramas digitales e íntimas de la vida doméstica mediada por pantallas: la saturación de imágenes, la fatiga visual, la exposición del desorden o la vergüenza ante el deterioro del espacio doméstico. Estos registros, aunque fragmentarios, abrieron una vía metodológica para pensar la sociomaterialidad del confinamiento: cómo los cuerpos, los objetos y las tecnologías se ensamblaban en una experiencia compartida de encierro y precarización.

En marzo de 2020, la irrupción de la pandemia de COVID-19 introdujo nuevas incertidumbres en las vidas de mis interlocutores e interlocutoras, profundizando muchas de las preocupaciones que ya habían emergido durante los años previos en torno a la vivienda, el trabajo y la reproducción cotidiana de la vida. En los primeros meses predominó un clima de temor: la incertidumbre dejó de ser una simple experiencia para convertirse en una suerte de ambiente vívido; en parte por eso, se daba una aceptación generalizada de las medidas de aislamiento impulsadas por el gobierno de Alberto Fernández, representantes del Frente de Todos. Sin embargo, a medida que las restricciones se prolongaban, sobre todo en 2021, y se agravaban las dificultades económicas, comenzaron a aparecer críticas crecientes hacia la gestión gubernamental y sus efectos sobre la vida cotidiana.

Reinmersión etnográfica exploratoria

En 2024, emprendí una reinmersión⁶ etnográfica en hogares de clase media del conurbano bonaerense, retomando vínculos previos y estableciendo nuevos contactos en otros municipios del conurbano bonaerense (a Morón se sumaron los municipios de La Matanza, Merlo y Moreno). Este retorno al campo estuvo motivado por la necesidad de observar los efectos acumulativos de la inflación —en un marco de salarios congelados— sobre las condiciones materiales y afectivas del habitar. Inspirada en la propuesta de Philippe Bourgois (1995, 2009), entendí este regreso como una oportunidad para captar los procesos de largo plazo, así como cambios generacionales, lo que se tradujo en una profundización sobre la dimensión ética y afectiva del compromiso etnográfico.

La reinmersión implicó convivencias breves, recorridos por los barrios y conversaciones prolongadas en torno a la economía del hogar. En muchos casos, la confianza construida años atrás permitió acceder a espacios íntimos y observar situaciones de deterioro material y emocional que rara vez se expresan públicamente: deudas impagas, electrodomésticos fuera de uso, grietas sin reparar, cansancio acumulado. La metodología fue una forma de presencia, de acompañamiento y escucha que buscó captar la densidad sensorial de los trastocamientos económicos de las familias.

A lo largo de estas etapas, incorporé una herramienta metodológica transversal: el *mapeo de ambientes domésticos*. A partir del trabajo de Sarah Pink (2015) sobre métodos sensoriales y visuales, esta técnica consiste en invitar a las interlocutoras a dibujar los espacios de sus viviendas, señalando los lugares de mayor uso, deterioro o afectividad. Estos mapas, realizados con lápices o de forma digital, se convirtieron en guías de conversación que permitieron reflexionar sobre las prácticas de cuidado, consumo, reparación y ahorro. Por ejemplo, el mapeo permitió identificar cuándo, cuánto, quiénes y por qué las personas pasaban más o menos tiempo en un ambiente. Desde una perspectiva epistemológica, estos ejercicios colaborativos permitieron construir un conocimiento reflexivo y relacional, en el que las interlocutoras se volvían cointérpretes

⁶ Reinmersión, aquí, no alude únicamente al regreso a un territorio ya conocido; más bien, refiere a un movimiento doble de retorno y desplazamiento. Volver al campo implica también dejarse afectar de nuevo, escuchar lo que había quedado en silencio, reconocer los cambios del tiempo y de los cuerpos. En ese sentido, la reinmersión es un acto poético y metodológico: una forma de volver a habitar las escenas domésticas, con la sensibilidad de quien regresa para percibir lo que se transformó.

de su propio hábitat.

Hacia 2024, cuando retomé el trabajo de campo presencial, el gobierno de Javier Milei llevaba apenas algunos meses en funciones. Entre mis interlocutores e interlocutoras prevalecían sentimientos ambivalentes entre expectativa e inquietud frente a las transformaciones anunciadas por la nueva gestión. Estas percepciones se inscribían, no obstante, en un contexto previamente marcado por varios años de deterioro de las condiciones de vida, profundizado durante la pandemia y sus consecuencias económicas posteriores. Más que identificar una ruptura nítida, muchos interlocutores e interlocutoras describían una continuidad de dificultades vinculadas al aumento de los costos cotidianos, la imposibilidad de realizar mejoras en sus viviendas y la necesidad de redefinir permanentemente prioridades de gasto. Dentro de este marco, las preocupaciones por el mantenimiento de la casa, el estado de los servicios y la conservación de aquello que se poseía adquirirían una centralidad renovada en las conversaciones cotidianas.

Cabe mencionar que, en todas las fases de la investigación, la práctica etnográfica estuvo atravesada por la reflexividad sobre mi propia posición como investigadora y como mujer de clase media residente de una de estas localidades que comparte, en parte, los imaginarios y vulnerabilidades de sus interlocutoras. Siguiendo a Guber (2011) y Bourgois (2009), sostengo que la implicación personal es una condición del conocimiento etnográfico, en la medida en que permite leer las emociones y los afectos no como interferencias, sino como dimensiones constitutivas de la construcción del dato.

Lo picado, lo gastado y lo provisorio

Durante mi trabajo de campo pude observar que las fachadas de las casas y casonas ubicadas en Villa Sarmiento mantenían la pintura de rejas y de las paredes, los jardines delanteros con el césped cortado, los árboles podados y los timbres en funcionamiento. Este paisaje ordenado y cuidado —vigente al día de hoy— contrastaba en 2024 con el interior de la casa de Vilma, vecina de la zona de 67 años. Habíamos sido presentadas por una amiga en común durante la pandemia, periodo en el cual ella trabajaba como administrativa en un consultorio de la zona, poco antes de jubilarse. En ese contexto fue que inicié el contacto por *WhatsApp* para conocer un poco más sobre cómo la gente afrontaba el confinamiento. Posteriormente, y tras retomar mi trabajo de campo, empecé a visitarla asiduamente.

Esas primeras visitas resultaron una experiencia paradójica. Debido a los meses de interacción mediada por pantallas, conocía en profundidad su hogar, sus rutinas, el vínculo con su mascota y su pareja; sin embargo, el encuentro cara a cara reveló una doble condición: por un lado, la familiaridad de un vínculo de larga data y, por el otro, una sensación de extrañeza, puesto que al carecer de un historial de presencialidad, la proxemia entre nuestros cuerpos nos resultaba ajena. Esto, por suerte, fue zanjado con el correr de las visitas y los intercambios. En 2024, su casa contenía muebles, electrodomésticos y objetos que yo reconocía haber visto por la pantalla, pero ahora evidenciaban signos de desgaste o roturas. Al preguntarle por ese estado de deterioro, Vilma me comentó que no podía recurrir a un servicio técnico especializado, sino que intentaba arreglarlos por su cuenta. Si se trataba del cierre de la puerta de heladera u horno, optaba por el uso de cintas o precintos económicos que tenía a mano. Destinar dinero para reparar esos bienes domésticos implicaba una magnitud de gasto que colisionaba directamente con la posibilidad de pagar su medicina prepaga. “No puedo permitírmelo”, me terminó confesando (Nota de campo, marzo de 2024).

En una línea de continuidad con estas estrategias de subsistencia, durante una tarde de otoño de 2024 visité a Rosa, una emprendedora residente en El Palomar con quien inicié mi trabajo de campo en 2015. Apenas ingresé a su casa, me preguntó de manera directa: “¿Te diste cuenta?”. Ante mi mirada de confusión y tras observar rápidamente el ambiente, advertí que dos baldosas del suelo se encontraban picadas, como si estuvieran en refacción. “¿Qué te pasó en el piso?”, le pregunté (Nota de campo, abril de 2024).

Al revisar los registros para este artículo, advertí un detalle analítico relevante: en mi pregunta, a través del empleo del pronombre personal *te* —acaso de forma involuntaria durante el registro etnográfico—, establecí una contigüidad entre el ambiente doméstico y el cuerpo, entre su piso quebrado y su salud. Esta vinculación supuso una tensión latente desde el inicio de mi reinmersión en el campo, sobre la cual profundizaré más adelante. En términos materiales, el suelo de la vivienda filtraba agua y estaba cubierto de trapos para contener la pérdida, lo cual generaba humedad ambiental e interrumpía el tránsito de la casa. Rosa me explicó que debía limpiar y cambiar los paños diariamente; manifestaba un profundo agotamiento, pero señalaba que era la única alternativa para evitar la inundación. Si bien había cotizado el trabajo con un plomero, el costo de la reparación equivalía a la mitad de sus ingresos mensuales por ventas, una suma inaccesible en ese momento. Aunque la solución definitiva requería reemplazar las cañerías, postergaba la decisión para no preocupar a sus hijos. Las manchas de humedad en las paredes, los electrodomésticos averiados —acumulados y guardados temporalmente— o los muebles reparados con cintas o, incluso, imanes, conformaban el hogar. Estas autorreparaciones mínimas configuraban el paisaje doméstico. La idea de prolongar la vida útil de un bien —o de rescatarlo de su deterioro— implicaba un esfuerzo estratégico para no sobrecargar el cuerpo y la mente con otros quehaceres, tal como ocurría con la filtración de agua. Esta escena invita a reflexionar sobre un tipo de degradación mínima, persistente y silenciosa, con la que se convive y que avanza sobre los objetos y las superficies del hogar: una realidad palpable tanto en la experiencia de Rosa como en la de Vilma.

Siguiendo este análisis, en Castelar centro —localidad donde residen Valeria y Marta—, las casonas de una o dos plantas ubicadas sobre una de sus avenidas principales exhiben un marcado contraste, distanciándose de la estética ordenada que las caracterizaba en la etapa prepandemia. Aquellos amplios ventanales y jardines delanteros, que en otro tiempo fueron símbolos de distinción social, ya no lucen el mantenimiento de antes, y en los techos las tejas dañadas no se reponen con facilidad ni urgencia, según el testimonio de Marta. Como descendientes de quienes se mudaron al oeste del Gran Buenos Aires en las décadas del 70 y 80 en busca de *más espacio y tranquilidad*, algunas familias del conurbano enfrentan hoy una paradoja: los espacios amplios que antes representaban bienestar se han transformado en una carga económica y física. Marta, una contadora autónoma de 55 años que vive sola, lo precisó con claridad: “Antes era un orgullo tener casa con jardín. Ahora es una preocupación constante: se rompe todo, la humedad entra por todos lados y la luz sale un dineral” (Diálogo informal registrado en nota de campo, mayo de 2024).

Esta vinculación entre el orgullo y el mantenimiento estético de la vivienda —tanto en su dimensión interna como externa— adquirió una centralidad analítica en mi registro. A lo largo del trabajo de campo, advertí que este malestar material se traducía en sutiles repliegues de la sociabilidad cotidiana; por ejemplo, Marta dejó de invitar de manera asidua a sus amigas a tomar mate. Al preguntarle sobre este cambio, intentó restarle importancia aduciendo falta de tiempo, a pesar de que el rol de anfitriona constituía históricamente una de sus prácticas más valoradas. Este repliegue no era un hecho aislado, sino que se correspondía con estrategias deliberadas de economía doméstica. Durante mis estancias en su casa, por ejemplo, observé que optaba por conservar únicamente la luz que ingresaba por la claraboya del techo. Así, en una penumbra matizada apenas por algunos destellos de sol que iluminaban hasta pasado el mediodía, transité casi todo el otoño en su casa.⁷

Por otra parte, en los encuentros con Valeria, comerciante de Castelar centro, la queja emergió como una narrativa vertebradora de su vida cotidiana: el incremento de los precios, la complejidad de “lidiar con las personas”, el agotamiento y la obsolescencia de los objetos coti-

⁷ Algo similar experimenté en la casa de Rosa durante mi trabajo de campo, en 2016, donde a raíz de los tarifazos implementados desde el ejecutivo nacional en dicho momento, las tarifas escalaron por lo que Rosa empezó a pasar varias horas del día sin prender la luz ni utilizar ciertos electrodomésticos.

dianos (Notas de campo, marzo y abril de 2024). En su caso, el cansancio se manifestaba en su propia salud corporal, la cual intentaba sostener mediante el consumo de suplementos vitamínicos y consultas periódicas al médico. Expresiones como “ya no se puede mantener como antes”, “todo se gasta” o “nada dura” resultaban recurrentes en mi registro etnográfico. En estas narrativas, la concepción de la casa como un espacio de estabilidad, añoranza o seguridad difiere notablemente de su experiencia. El hogar, ese ámbito que alguna vez encarnó la promesa de estabilidad (Blanco Esmoris, 2021b), ahora se vuelve parte de una incertidumbre respecto a cómo, en qué momento y a través de qué recursos es posible solventarlo. En este marco, la vivienda, lejos de ser un producto acabado, es un proceso con una demanda relativamente constante de recursos corporales y económicos (Blanco Esmoris, 2021b).

En este sentido, un aspecto central que emerge del análisis se vincula con las prácticas económicas y las decisiones de gestión monetaria que viabilizan —o impiden— el sostenimiento del hogar y de las dinámicas que en él acontecen. En Villa Sarmiento, diversas familias aún relatan, casi en términos de una hazaña colectiva, cómo el equipamiento doméstico (heladeras, lavadoras, televisores, e incluso aberturas o pisos) fue adquirido en cuotas. Durante los primeros años, estas compras otorgaban una sensación de proyección y estabilidad: “todo nuevo, todo en cuotas, pero nuestro”. Sin embargo, el progresivo avance inflacionario de la última década y la consecuente pérdida del poder adquisitivo transformaron aquellas adquisiciones en fuentes de presión económica. En este escenario, los objetos comprados a crédito envejecen antes de ser cancelados, los repuestos se encarecen y los planes de pago pendientes se acumulan como una segunda piel de la vivienda. Como señalan Wilkis (2018) y Luzzi (2021), el crédito vertebró procesos de pertenencia; en este caso, opera como un mecanismo para intentar sostener la adscripción a un segmento social, aun cuando el contexto macroeconómico socava dicha posibilidad.

En la vida diaria, la degradación se pone de manifiesto tanto en la pérdida de control sobre el entorno inmediato como en el recordatorio de que el orden y la previsibilidad —pilares del ideal de hogar y de vida de clase media— no son moneda corriente. Las infraestructuras barriales también exhiben esta insostenibilidad. Durante gran parte de 2024, en el municipio de Morón, los cortes de luz interrumpían la rutina, mientras que las lluvias intensas provocaban filtraciones en la casa y anegamientos en las calles. Así, esta degradación material, paulatina y casi imperceptible, se traslada de la casa al espacio público, y encuentra eco en las quejas de Rosa sobre la humedad, el moho y las afecciones respiratorias o alérgicas que dificultan el descanso.

Todo esto invita a reflexionar sobre un paisaje del deterioro. Aunque esta noción se distancia de la imagen de las *ruinas* que propone Tsing (2015) para analizar los modos de vida en el capitalismo tardío, dialoga con su propuesta al evocar un tiempo suspendido: una temporalidad donde la degradación no termina de volverse ruina, pero tampoco se revierte, sino que se mantiene latente, queda suspendida. En este escenario, los hogares no colapsan, pero se erosionan paulatinamente tanto en su dimensión material como en sus tramas vinculares, tal como se evidencia en la interrupción de la sociabilidad cotidiana (como puede ser dejar de invitar amistades a compartir un momento). A partir de lo registrado etnográficamente, es posible comprender que dicha erosión da forma y materia a un *ambiente de incertidumbre* organizado sobre la base de una lógica provisional. En ese mismo ambiente se inscriben (im)posibilidades como la frase “No se puede planificar nada”, que me apuntó Laura —docente y vecina de Castelar— mientras señalaba el techo del lavadero. “Antes pintaba todos los años, ahora no sé si vale la pena. Todo se arruina enseguida.” (Nota de campo, julio del 2024). Este testimonio sintetiza una sensación extendida: la de vivir al día. Cada reparación, cada parche, cada intento por sostener lo habitado expresan una existencia transcurrida *en el mientras tanto*.

Lo presentado aquí dialoga con lo que plantea Veena Das (2020) respecto a cómo las transformaciones estructurales de la vida se inscriben en las “texturas de lo ordinario”. En las familias del conurbano, esas texturas están marcadas por el roce entre la voluntad de proteger el hogar y el reconocimiento silencioso de su desgaste y progresiva degradación.

La economía de no bajar los brazos

“Siento que no descanso nunca”, “me duele todo”, sentenció Laura una tarde de mayo de 2024 mientras la acompañaba a la verdulería del barrio. Había salido hacia media hora de la escuela donde trabajaba en turno tarde. Actualmente, tiene pluriempleo: por la mañana trabaja en una escuela primaria (1); por la tarde ejerce como preceptora de nivel primario en otra institución (2) — ambas en el municipio de Morón— y, complementariamente, brinda clases particulares en su casa (3). Previo a la pandemia tenía la preceptoría y la complementaba con sus clases particulares, pero pospandemia le resultó imperioso sumar otra fuente de ingresos a costa de su salud física y mental. Antes, llegar a su casa le generaba mucha paz y tranquilidad; en cambio ahora, sabe que llega para seguir trabajando en tareas que le exigen cumplir con demandas productivas y reproductivas. Para Laura —cuyos padres pudieron sostenerse cada uno con un empleo y “vivir bien”— este contraste generacional con su propia realidad le generaba mucha angustia, aunque entendía que “no podía bajar los brazos”. En estas experiencias, el esfuerzo y la persistencia no eran suficientes en términos concretos.

Durante mi reinmersión etnográfica en 2024, observé que el cansancio aparecía como una sensación extendida, pero también como un signo de dignidad: “Hay que seguir”, “mientras se pueda...”, “no queda otra” (Nota de campo con Valeria, agosto de 2024; Nota de campo con Marta, octubre de 2024). Como advierte Philippe Bourgois (1995), en contextos de crisis prolongada —tales como la lógica de inflación cíclica que se experimenta en Argentina— el cansancio e incluso el sufrimiento se normalizan y se transforman en un rasgo moral positivo: “aguantar” se vuelve un valor. La precarización del tiempo —el hecho de no saber cuándo se podrá pagar algo, si se conservará el trabajo o si el gas o la luz subirán de nuevo— genera una sensación de presentismo forzado: vivir al día, sostener el equilibrio minuto a minuto. En esa experiencia, la temporalidad se vuelve opaca: no hay pasado que sirva de guía ni futuro que oriente, sino la gestión cotidiana de lo urgente. Esa normalización en pos de seguir tiene consecuencias materiales y expresiones sensoriales.

Las familias de clases medias con las que trabajé, en su mayoría, se socializaron en una cultura de la previsión. Acostumbradas a planificar, a calcular y a proteger cierto orden, la estabilidad económica y el control del futuro formaban parte del modo de estar en el mundo. La casa, el ahorro, el estudio de los hijos o las vacaciones funcionaban como hitos de un tiempo lineal, donde el esfuerzo encontraba su recompensa. Este horizonte fue muy claro, aunque difícil de abrazar, para Rosa. Sin embargo, en los últimos años, tanto su familia como tantas otras entienden que ese orden ha sufrido profundas fracturas, agravadas con frecuencia por las mismas prácticas de endeudamiento formal e informal sobre las cuales se vertebran estas experiencias.

Esta dimensión financiera no permanece ajena a la dinámica cotidiana, también se traslada al cuerpo: se manifiesta en tensiones familiares producto de la presión y el estrés (algo permanente, por ejemplo, en Oscar), en la imposibilidad de conciliar el sueño e incluso en principios de taquicardia. Como señalaba una interlocutora, María, de 53 años, docente y residente de Villa Sarmiento: “Antes yo sabía que si trabajaba más podía ahorrar para cambiar algo de la casa, o para las vacaciones. Ahora trabajo más y no llego igual. Siento que corro, que hago todo el tiempo, pero nada alcanza”. Aquí, la experiencia de la deuda introduce un régimen financiero distinto y, a la vez, una temporalidad de la incertidumbre, donde el futuro se vuelve inasible y el presente se carga de preocupación. En la experiencia de María, se presenta una energía desplegada sin horizonte, que no se traduce en progreso ni en alivio. En estas personas, la deuda transforma la relación con el tiempo y con el cuerpo: obliga a estar en alerta, a calcular constantemente.

El endeudamiento compromete a estas familias y, en especial, a las mujeres, desde el cuerpo: duermen menos, trabajan más y administran los afectos para dar curso y estabilidad a la trama familiar. El estrés constante se traduce en dolores musculares, trastornos del sueño o digestivos.

Las mujeres me fueron comentando que “ya no descansan igual”, que “la cabeza no para”. Asimismo, narran las tensiones que esto genera con sus parejas, redefiniendo la forma de ciertos vínculos sexoafectivos; esto se vuelve muy claro en el caso de Rosa, quien luego termina por separarse de Oscar. Ese agotamiento colisiona con la expectativa de cuidado en la cual fueron socializadas muchas de ellas. Estas expectativas involucran acciones como preocuparse por el estado anímico de sus hijos e hijas, asegurarse de la alimentación adecuada de sus parejas, entre otras.

En este punto, la antropología feminista del habitar ha mostrado el modo en que las prácticas de cuidado y sostén constituyen una forma de trabajo invisible, íntimamente ligada al mantenimiento de la vida (Federici, 2012). En el contexto actual, ese trabajo se intensifica y se diversifica: además de limpiar o cocinar, se trata de contener la incertidumbre, de regular las emociones y de procurar continuidad cuando todo se desestabiliza. En esta perspectiva, la casa es un lugar en donde la economía se experimenta desde la afectividad: los cuerpos se tensan para absorber las oscilaciones que el mercado impone en los vínculos próximos y *los afectos se ajustan* para modular el ánimo colectivo en detrimento del propio.

Así le pasaba a Valeria, quien me narraba: “A veces animo y aliento a mis hermanos y a mis amigas, pero yo estoy completamente rota”. Ella vinculaba esto último a sus deudas, su falta de tiempo y un cansancio acumulado en la diaria por mantener en pie su propia casa ante filtraciones de humedad (Nota de campo, marzo de 2024). La casa propia que antes representaba seguridad se percibe ahora como un espacio frágil y pasible de perderse en su propio desgaste; un proceso evidenciado en grietas que emergen en las paredes, muebles que se desarman parte a parte y electrodomésticos con fallas mínimas que recuerdan el fin de su vida útil.

Pero junto a esta fragilidad emerge una forma discreta de potencia: la capacidad de sostener, de improvisar y de inventar soluciones apoyadas en experiencias y saberes previos. Son cuerpos que se ajustan al espacio y, al mismo tiempo, lo configuran (Pink, 2015) al desplegar una serie de microacciones cotidianas: mover muebles para que no se estropeen por las filtraciones, secar paredes húmedas con ventiladores a máxima potencia —como en el caso de Valeria y Rosa— para evitar el moho, o realizar compras en el mayorista para eludir el consumo minorista diario y sus altos precios. Acciones pequeñas que, en definitiva, condensan prácticas de ese “no bajar los brazos” señalado.

Ecologías de la incertidumbre

Las escenas, que con el correr de mi trabajo de campo se volvieron una constante —sobre todo luego de la pandemia—, fueron aquellas vinculadas a la casa y su estado. Algunas ya fueron mencionadas: muros cada vez más agrietados, pisos flotantes con humedad filtrada en las juntas, techos llenos de hojas que colmaban las canaletas de desagüe, electrodomésticos dañados sin reparar, plantas desabridas por la falta de riego y macetas partidas que parecían estar sin cuidado desde siempre. Frente a esto, son principalmente las mujeres quienes procuran cuidar su casa desde lo mínimo: cambiar una lámpara, regar con cuidado o cerrar una hendija con cinta, en pos de conservar lo cotidiano.

En mis recorridos etnográficos al compartir con familias que residen en Villa Sarmiento, es común que, durante las conversaciones, surjan hipótesis de los propios actores respecto de la relación casa-cuerpo. Como mencioné páginas atrás al dar cuenta de la articulación relacional de este binomio, apreciaciones del tipo: “La humedad me da alergia”, “Me enfermo todo el tiempo” o “Ya no duermo bien por el frío en el cuarto” forman parte de las afectaciones registradas por las mismas personas (Notas de campo con Valeria, julio del 2024; con Marta, agosto de 2024).

Esta trama de malestares y desajustes con el entorno se extiende hacia los espacios exteriores y redefine la economía del cuidado doméstico. Así lo expresaba en Castelar Sur Vicente, un interlocutor de 67 años y jubilado, mientras miraba su jardín descuidado: “Antes tenía tiempo y ganas de tener plantas, ahora me cuesta todo, el agua está carísima, y no sé si vale la pena... pero

no me gusta ver todo seco.” (Nota de campo, octubre de 2024). Para Vicente, el costo es tanto económico como temporal. Esta imposibilidad de cuidar de lo propio lleva a que las personas observen y reflexionen sobre su casa —que incluye percepciones inéditas sobre recursos básicos como el agua— y evalúen los términos en los cuales es posible hacer frente al deterioro de su espacio doméstico (véase la figura I).

Figura 1
Percepción de la ecología próxima

Expresión	Contexto de uso	Explicación nativa
“El agua ahora sale rara” (Valeria)	Al cocinar, hervir o lavar ropa; sensación de alteración del agua corriente.	Lo raro invoca una desconfianza en el agua, en el servicio y en quienes lo proveen.
“El pasto no crece más” (Vicente)	En patios o jardines, ante suelos que se presumen alterados.	Vicente entiende que esa falta de crecimiento se vincula con la tierra que compra, el agua que usa y los insumos que son de menor calidad. Esto produce efectos en un suelo que ha perdido fertilidad y básicamente “vida”.
“Antes no hacía tanto calor adentro de casa” (Rosa)	Mención reiterada en conversaciones estivales aludiendo a un pasado distinto.	El calor adentro de casa es percibido como una señal a dejar la casa o invertir en su mantenimiento.
“Cada vez más todo se llena de polvo... y es difícil de limpiar todo el tiempo” (Marta)	Al limpiar la casa o mover muebles.	Marta entiende que desde su casa está a medio hacer con obras fragmentarias y reparaciones inconclusas el polvo es una constante imposible de gestionar y que al mismo tiempo deteriora su salud respiratoria.

Nota. Elaboración propia con base en el trabajo de campo (reinmersión etnográfica, 2024).

Aunque parezca lejana, la creciente degradación ecológica —la falta de sombra, el calor extremo, las lluvias torrenciales— se intensifica en un orden doméstico difícil de mantener corporal y materialmente. En este marco, la vida diaria se vuelve indisociable de un paisaje de sonidos que van desde los ventiladores funcionando a todo babor en verano —para evitar el uso de aire acondicionado— o el goteo de una canilla que solo se arregla cuando el cuerito cede, hasta la conversación pausada y cargada de resignación mientras se barre, día por medio, el patio lleno de hojas en otoño. Escenas que retratan una ecología sensible, en la que las relaciones entre lo humano y lo material se intensifican bajo el signo del deterioro, y donde el cuerpo y sus afecciones constituyen las dos caras de una misma moneda.

Como se pudo ver en este apartado, en contextos de colapso parcial, la vida se reorganiza a partir de restos, generando formas de coexistencia y cuidado que no aspiran ni a la grandeza ni a la plenitud (Tsing, 2015). Las personas, por experiencias históricas previas o por la misma inercia, aprenden a tolerar el desborde, la humedad que enferma, el calor que agota y el encierro que angustia: todos estos son modos en que la degradación ecológica se hace carne. La salud, en este contexto, se vuelve una medida difusa de equilibrio: un cuerpo que aguanta, una casa que no se cae, un ánimo que resiste. Esta aceptación implica calibrar el esfuerzo, dosificar el gasto y cuidar lo que todavía funciona.

Conclusiones

A partir de escenas derivadas de un trabajo de campo de largo aliento, describí las maneras en que las familias de clase media del conurbano bonaerense muestran cómo la vida cotidiana se despliega en un terreno inestable (y creativo), marcado por la incertidumbre económica, la degradación material y la, a veces imperceptible, transformación ambiental. La sociomaterialidad de la vida doméstica evidencia que, desde el punto de vista de las personas, la economía cotidiana, lejos de ser un cálculo monetario invita a desplazarnos hacia una suerte de tejido multiespecie de casas, cuerpos, deudas, afectos y materiales que, en el mejor de los escenarios, permite llevar la vida en común.

En el apartado “Lo picado, lo gastado y lo provisorio” mostré cómo los procesos de endeudamiento (presentes o futuros) configuran una experiencia material visible y encarnada en la casa. Las paredes con humedad, los techos que requieren arreglos permanentes, los artefactos remendados o los espacios que se sostienen mediante soluciones transitorias expresan procesos más amplios de deterioro que atraviesan las condiciones de vida de estas familias. La distancia entre las fachadas prolijas y los interiores marcados por reparaciones pendientes permite visibilizar la centralidad de las prácticas de mantenimiento en la producción cotidiana de la vivienda. Lejos de ser un bien estable o acabado, la casa emerge como una materialidad situada en permanente trabajo, cuya conservación demanda dinero, dedicación, tiempo y cuerpo. En esta línea, el desgaste aparece como una condición ordinaria de la vida doméstica contemporánea a la vez que como parte de una serie de ensamblajes materiales siempre inacabados.

A su vez, en “La economía de no bajar los brazos” reconstruí las formas en que las familias enfrentan contextos persistentes de incertidumbre. Las expresiones y alusiones orientadas hacia *seguir adelante* remiten a una ética práctica orientada a reparar y sostener la vida cotidiana frente a recursos finitos. Sin embargo, el trabajo de campo muestra que estas disposiciones no pueden ser comprendidas únicamente como atributos morales o meramente individuales. Más bien, constituyen respuestas situadas a la creciente dificultad para reproducir formas de vida asociadas históricamente a la experiencia de las clases medias. La multiplicación de empleos, la intensificación de las jornadas laborales y la constante administración de recursos revelan una economía cotidiana que se organiza menos en torno a la acumulación que a la preservación. Se trata de esfuerzos dirigidos a evitar el deterioro de la vivienda, sostener consumos básicos, cuidar a otros y mantener cierta continuidad biográfica, aun cuando los resultados de ese trabajo sean cada vez más endebles.

Por último, en el apartado “Ecologías de la incertidumbre” note cómo desde la pospandemia, las conversaciones sobre el estado de las viviendas se articularon crecientemente con percepciones sobre el cuerpo y el entorno. La humedad, el frío, el calor o la acumulación de polvo aparecen asociados a alergias, malestares y dificultades para descansar, mientras que cambios observados en el agua, las plantas o el clima alimentan interpretaciones sobre transformaciones más amplias del ambiente. Estas experiencias muestran cómo las personas perciben y elaboran los cambios de su hábitat a partir de los efectos concretos de llevar adelante la vida cotidiana.

Como en las notas de campo de Hermitte con las que se inició este artículo, las casas que aquí aparecen también están vivas: envejecen, se agrietan, acumulan humedad, y demandan atención y cuidado. En ellas se inscriben los efectos de transformaciones económicas, políticas y ambientales que exceden ampliamente el espacio doméstico. Seguir habitándolas implica repararlas, sostenerlas y, muchas veces, curarlas. A través de esas prácticas cotidianas se vuelve visible el trabajo material y afectivo mediante el cual las familias intentan preservar formas de vida que perciben cada vez más frágiles e inciertas.

Desde esta perspectiva, el deterioro, además de construirse como categoría descriptiva sobre el estado de las cosas —cosas que se desgastan y degradan—, resulta una clave analítica para comprender las formas contemporáneas de vulnerabilidad y persistencia. Como argumenté líneas arriba, frente a condiciones de vida divisadas como cada vez más inestables, las familias desplie-

gan prácticas cotidianas de reparación material que buscan preservar tanto sus casas como los vínculos que ella contiene. Es precisamente en esas tareas ordinarias —muchas veces provisorias, incompletas y reiteradas— donde se expresan los modos de contención del deterioro y donde estas familias gestionan procesos de descomposición y transformación. El deterioro no constituye el opuesto del cuidado, sino la condición que lo vuelve necesario.

Bibliografía

- Blanco Esmoris, F. (2019). Diferentes oestes, muchos agites: Experiencias conurbanas. *Revista Épocas*, (7). https://www.academia.edu/45515709/Diferentes_oestes_muchos_agites_experiencias_conurbanas
- Blanco Esmoris, M. F. (2021a). Habitar la «casa», experimentar la clase: Aspiraciones compartidas y alternativas materiales en familias de clases medias en Haedo (Buenos Aires, Argentina). *Antropológicas*, 17, 4-13.
- Blanco Esmoris, M. F. (2021b). *Etnografía del sueño habitado: La «casa propia» para las clases medias del Gran Buenos Aires* [Tesis de doctorado, Universidad Nacional de San Martín]. Repositorio Institucional UNSAM. <https://ri.unsam.edu.ar/handle/123456789/1661>
- Blanco Esmoris, M. F. e Hijós, N. (2022). La construcción del bienestar en la pandemia: Experiencias entre las clases medias de Buenos Aires (Argentina). *Revista de la Carrera de Sociología: Entramados y Perspectivas*, 12(12), 467-493. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/entramadosyperspectivas/article/view/7779>
- Bourgois, P. (1995). *In search of respect: Selling crack in El Barrio*. Cambridge University Press.
- Bourgois, P. (2009). Recognizing invisible violence: A thirty-year ethnographic retrospective. En B. Rylko-Bauer, L. Whiteford y P. Farmer (Eds.), *Global health in times of violence* (pp. 17-40). School of Advanced Research Press.
- Cravino, M. C. (2016). Desigualdad urbana, inseguridad y vida cotidiana en asentamientos informales del Área Metropolitana de Buenos Aires. *Etnografías Contemporáneas*, 2(3), 56-83. <https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/etnocontemp/article/view/417>
- Das, V. (2020). *Textures of the ordinary: Doing anthropology after Wittgenstein*. Fordham University Press.
- Di Próspero, C. y Daza Prado, D. (2024). *Las etnografías de lo digital: Otras formas de “estar allí”*. UNSAM Edita.
- Fasano, P. (2014). Enredada: Dilemas sobre el proceso etnográfico de investigación de un chisme y su publicación. En R. Guber (Comp.), *Prácticas etnográficas: Ejercicios de reflexividad de antropólogas de campo* (pp. 156-182). IDES/Miño y Dávila.
- Federici, S. (2012). *Revolution at Point Zero: Housework, reproduction, and feminist struggle*. PM Press.
- Gago, V. (2019). *La potencia feminista: O el deseo de cambiarlo todo*. Traficantes de Sueños.
- Guber, R. (2011). *La etnografía: Método, campo y reflexividad*. Siglo XXI Editores.
- Gudeman, S. (2001). *The anthropology of economy: Community, market, and culture*. Blackwell.
- Ingold, T. (2011). *Being alive: Essays on movement, knowledge and description*. Routledge.
- Larkin, B. (2013). The politics and poetics of infrastructure. *Annual Review of Anthropology*, 42, 327–343. doi.org
- Latour, B. (2005). *Reassembling the social: An introduction to actor-network-theory*. Oxford University Press.
- Luzzi, M. D. (2021). Consumo, deuda y desigualdad: La expansión de los servicios financieros para los hogares en Argentina, 2003-2015. En S. Feldman, M. Luzzi y G. Wyczkier (Coords.), *Desigualdades en la Argentina: Actores, territorios y conflictos* (pp. 133-158). Universidad Nacional de General Sarmiento.

- Luzzi, M. D. y Wilkis, A. (2025). *El dólar: Historia de una moneda argentina*. Siglo XXI Editores.
- Miller, D. (2008). *The comfort of things*. Polity Press.
- Narotzky, S. (2016). Between inequality and injustice: Dignity as a motive for mobilization during the crisis. *History and Anthropology*, 27(1), 74–92.
- Ossandón, J. (2012). *Destapando la caja negra: Sociologías de los créditos de consumo en Chile*. Instituto de Investigación en Ciencias Sociales (ICSO), Universidad Diego Portales.
- Pérez, I. (2012). *El hogar tecnificado: Familia, género y vida cotidiana, 1940-1970*. Editorial Biblos.
- Pink, S. (2015). *Doing sensory ethnography* (2.^a ed.). SAGE Publications.
- Pink, S.; Horst, H.; Postill, J.; Hjorth, L.; Lewis, T. y Tacchi, J. (2016). *Digital ethnography: Principles and practice*. SAGE Publications.
- Puig de la Bellacasa, M. (2017). *Matters of care: Speculative ethics in more than human worlds*. University of Minnesota Press.
- Tsing, A. L. (2015). *The mushroom at the end of the world: On the possibility of life in capitalist ruins*. Princeton University Press.
- Visacovsky, S. (2008). Estudios sobre «clase media» en la antropología social: Una agenda para la Argentina. *Avá: Revista de Antropología*, (13), 9-37. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=169013837001>
- Wahren, P.; Harracá, M. y Cappa, A. (2018). *A tres años de Macri: Balances y perspectivas de la economía argentina*. Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica. https://www.celag.org/wp-content/uploads/2018/12/A_TRES_AN%CC%83OS_DE_MACRI_BALANCES_Y.pdf
- Wilks, A. (2013). *Las sospechas del dinero: Moral y economía en la vida popular*. Paidós.
- Wilks, A. (Ed.). (2018). *El poder de (e)valuar: La moral del dinero en la Argentina contemporánea*. Editorial Universidad del Rosario / UNSAM Edita.

Fecha de Recepción: 20 de octubre de 2025
Recibido con correcciones: 10 de junio de 2026
Fecha de Aceptación: 22 de junio de 2026